

ORACIÓN FÚNEBRE
PARA EL DÍA DE LA CONMEMORACIÓN
DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

(predicada en la parroquia de San Pedro de Bogotá, 1896).

Beati mortui, qui in Domino moriuntur.
Bienaventurados los muertos que mueren en
el Señor.

Apoc. 4, 13.

1. ¡Hermoso ejemplo, que ha recogido con ternura la piedad cristiana, nos legó el valiente y piadoso Judas Macabeo respecto de la veneración y sufragios de que deben ser objeto nuestros hermanos los fieles difuntos! Este capitán esclarecido por un valor sólo comparable á su fe y religiosidad, después de cantar el himno de victoria en el campo de batalla, envía á la ciudad santa de Jerusalén una considerable suma de dinero, colectada entre los mismos soldados, para que allí los sacerdotes ofrezcan numerosas víctimas y sacrificios expiatorios por los pecados de los que rindieron la vida en la jornada combatiendo, como buenos, por la religión y la patria¹. Era que, desgraciadamente, habían incurrido algunos de ellos en flagrante infracción de la Ley, apropiándose objetos consagrados á los ídolos; y, aunque castigados por la Justicia inexorable con la muerte temporal, el piadoso jefe se prometía obtener para ellos de la misericordia infinita el perdón de aquel

¹ 2 Mach. 12, 43.

delito, por la virtud y eficacia del gran sacrificio y de las oraciones de los sacerdotes. Y cuán acertadamente pensase el gran caudillo de Israel disponiendo así las cosas, afirmanlo las Sagradas Letras, declarando ser práctica santa y saludable pensamiento orar con instancia por los difuntos, á fin de que sean desatados de las cadenas de sus culpas.

2. Hoy la Iglesia católica, inspirada en los mismos sentimientos del célebre Macabeo, convoca á todos sus hijos, no ya en un solo templo, sino en los mil templos de la cristiandad, para que en ellos ofrezcan fervientes oraciones y sufragios que, como el penetrante clamor de las campanas, se eleven hasta el cielo, clamando misericordia y perdón para todas las almas detenidas en el purgatorio por restos de reato todavía no satisfechos á la terrible justicia del Dios de santidad. Sobre todo multiplica el día de hoy de un modo extraordinario los sacrificios, mejor dicho, el único y verdadero sacrificio de nuestros altares, valedero por vivos y difuntos; y de esta suerte celebra solemne conmemoración de todos sus hijos difuntos, llevando los efectos de su caridad hasta aquellas misteriosas regiones donde habitan en cárcel expiatoria las almas de los que salieron de este mundo sin haber satisfecho plenamente la pena merecida por sus culpas. Nada hay, en efecto, amados oyentes, más eficaz para aliviar las penas de las almas del purgatorio que la virtud de este santo sacrificio, ofrecido hoy á la eterna Justicia, por manos del sacerdote, en presencia de todo el pueblo cristiano.

Pero, al mismo tiempo que les procuramos alivio y descanso con nuestras oraciones, justo es que nos regocijemos con sus triunfos, y nos confortemos con el ejemplo de sus virtudes. Ellos son, en efecto, dichosos y bien-

aventurados, aun en el lugar de sus tormentos pasajeros; porque, *muriendo en el Señor*, cayeron gloriosamente en el gran combate de la fe contra el error, de la justicia contra el vicio, de la religión contra la impiedad. *Beati mortui qui in Domino moriuntur!* Y, aunque la humana flaqueza haya dejado en ellos estampada leve huella del pecado, que la perfecta penitencia no alcanzó á borrar, no por eso dejan de ser gloriosos soldados de Cristo, más dignos, sin duda, de nuestros elogios que los piadosos guerreros que sucumbieron en los campos de Idumea, defendiendo la gran causa de los hijos del valiente Matatías.

Hagamos, pues, el día de hoy su oración fúnebre.

No la merecen menos los fieles que vivieron en la obscuridad de la vida cristiana, que los llamados grandes hombres, cuyas hazañas quizás deslumbraron más que ilustraron á sus semejantes. Contemplemos, hermanos carísimos, la grandeza de ese triunfo obtenido con la muerte por nuestros predecesores en la fe de Cristo, en las esperanzas de la Iglesia, en la caridad de Dios; y no podremos menos de alentarnos á seguirlos en el camino de la lucha hasta poder decir como ellos, por boca del Apóstol: «He peleado el buen combate, he consumado mi carrera, he guardado la fe intacta; ¿qué me falta sino ceñir la corona de justicia que me está reservada?»¹

Entremos en materia.

I.

3. *El varón fiel recogerá copiosas alabanzas*, nos dice el Espíritu Santo²; y ¿quién más fiel que el que guarda hasta la muerte el depósito de la fe divina?

¹ 2 Tim. 4, 7.

² Prov. 28, 20.

Dignos son, por tanto, de nuestros entusiastas elogios los humildes cristianos que, despreciados tal vez por el vulgo, sin brillo ninguno al exterior que los hiciera recomendables á sus prójimos, consumaron una vida llena de méritos en la presencia del Señor, con la franca y sincera profesión de la fe de sus padres, de la fe de su bautismo. Sí, cristianos oyentes: la fe el día de hoy, en esta época de universal apostasía, así de las naciones como de los individuos, en este siglo de indiferencia y duda, cuando todas las inteligencias vacilan y los corazones desmayan, ¿quién duda que debe estimarse como una gloriosa victoria, no de otra suerte que lo era en aquellos primeros días del cristianismo cuando decía el Apóstol San Juan: *Nuestra fe es la victoria con que triunfamos del mundo*¹? ¿Es acaso el día de hoy menos costosa y meritoria la profesión de la fe cristiana que lo era en aquellos tiempos de persecución y martirio? ¡Ah! que no faltan hoy enemigos temibles que es preciso combatir y vencer para ser verdaderos creyentes. Ahí están los tres eternos enemigos del hombre, el mundo, el demonio y la carne, oponiéndose con todas sus fuerzas, halagos y artimañas al reinado y conservación de la fe de Jesucristo en la tierra de las almas, y, por el contrario, trabajando de mil modos con las fuerzas coligadas para derribarla y destruirla. ¡Qué obstáculos no oponen á la fe las pasiones carnales, las asechanzas del espíritu de mentira, las preocupaciones y escándalos del mundo! El mundo, especialmente, es el grande enemigo de la fe en estos tiempos en que domina por doquiera su espíritu, esto es, la concupiscencia en todas sus formas y manifestaciones. El respeto humano

¹ 1 Io. 5, 4.

con mano de hierro aparta las almas de la fe; los vanos temores del mundo y sus adeptos detienen á los hombres en el camino de la verdad religiosa; el fantasma del «qué dirán» arredra y espanta á millares de corazones débiles y caracteres indecisos. ¿Qué diremos del escándalo de la incredulidad sostenida hasta en el borde del sepulcro? Fuera del gran número de pecadores mundanos que mueren como han vivido, esto es, en completo abandono de toda práctica religiosa, profesando la doctrina de la indiferencia en materia de religión, ¡cuántos casos no se ven, hasta en el seno de las sociedades católicas, de muertes paganas, esto es, de renegados y apóstatas que, parapetados en sus falsas doctrinas filosófico-políticas, rechazan con desdén hasta en el último trance los consoladores auxilios de la religión, los consuelos de la fe! ¡Cuántos otros fallecen dejando en la sociedad una opinión harto dudosa de las creencias, porque, si no fueron impíos declarados, si no rehusaron los Sacramentos para morir, tampoco aparecieron ni en vida ni en muerte sinceros creyentes, ni mucho menos fervorosos católicos!

¿Cómo, pues, no bendecir la memoria y aplaudir la virtud de aquellos otros, todavía en gran número, de nuestros hermanos, que, despreciando valerosamente las necias preocupaciones del mundo que se llama sabio, ilustrado, emancipado del yugo del fanatismo religioso, han dado el último aliento protestando, como un ilustre magistrado, hombre de Colombia, en nuestros días¹, que quieren morir en la comunión de la Iglesia, en la fe del Señor Jesús?

¹ Don Juan Pablo Restrepo, autor de «La Iglesia y el Estado en Colombia», muerto en la paz del Señor en septiembre de 1896.

4. ¡Qué espectáculo tan edificante no presentan estas muertes verdaderamente preciosas en el acatamiento del Señor! ¡Qué fragancia tan celestial de consuelo y fortaleza no difunden en derredor del mismo lecho mortuario! Traed á la memoria la imponente ceremonia de la administración del sagrado Viático al enfermo, que lo espera con santa impaciencia en aquella hora solemne. Ya se acerca el momento de darle la comunión del cuerpo y sangre del Señor; pero antes es preciso escuchar de boca del viajero de la eternidad la pública confesión de su fe. «¿Crees, le dice el sacerdote poniéndole delante la Hostia consagrada, crees que esto que tengo en mis manos es el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo?» Y el enfermo, animando su apagada voz la entereza de su fe, responde desde el lecho del dolor: «¡Sí, creo!» Y repite esta afirmación cuantas veces el ministro de la Iglesia le interroga sobre su fe en los dogmas de la religión católica, inundando de consuelo los piadosos corazones de la multitud que acompaña con profundo recogimiento al Dios sacramentado en su última visita al enfermo. Vedlo ya próximo al fatal desenlace, ya casi expirante, luchando en la agonía con la muerte que, cual feroz buitre, va hincando las garras en su inerme presa... Otra vez el enviado de Dios le dicta, en nombre de la Iglesia, palabras de aliento y de confianza, recomendando aquella alma cristiana al Padre de las misericordias: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo.... Commendo te omnipotenti Deo....* La fe va á dar el triunfo de la eterna salvación á esta alma que lucha cuerpo á cuerpo con sus enemigos. Cualesquiera que hayan sido sus faltas, ha sido fiel á sus creencias, no ha negado jamás al Padre, al Hijo ni al Espíritu Santo, antes ha creído en Él y ha tenido celo de la

honra de Dios, adorando fielmente al Criador de todas las cosas. Así habla, así ruega con encarecimiento la Madre de los fieles. Entre tanto los labios del moribundo murmuran el dulce nombre de Jesús con el suavísimo de María, al mismo tiempo que imprimen amorosos ósculos en la sagrada efigie del Crucificado, mientras sus manos trémulas y descaecidas sostienen apenas la vela encendida, símbolo de una fe viva que no se extinguirá con el frío soplo de la muerte. Así muere, así triunfa de la muerte el venturoso creyente, el héroe de la fe de Cristo.

5. Y á muerte tan dichosa ¡qué recompensas no están vinculadas, á virtud de la promesa del mismo Salvador! Cuando Jesús se adelantaba para arrancar del sepulcro á Lázaro, cadáver ya fétido de cuatro días, y restituirlo vivo al amor de sus hermanas, exige de éstas, como condición de resurrección, la fe: *Credis hoc?*¹ Y Marta responde al punto: «Sí, Señor, yo creo y he creído que tú eres Cristo.»² Después de esta confesión afirma Cristo como dueño de la vida: «Tu hermano va á resucitar»: *Resurget frater tuus*³. ¡Qué consuelo para las angustiadas hermanas! ¡Ah! cristianos, ¡qué consuelo para una madre desolada, para una esposa viuda, para un hijo huérfano, saber de cierto que el llorado hijo, el esposo amante, el padre querido no han muerto enteramente, que viven en misteriosa existencia, que duermen el blando sueño de la muerte temporal, prontos á despertar á vida eterna y bienaventurada apenas los llame la trompeta del Arcángel! *Resurget frater tuus!* Y sábelo de cierto el que, como Marta, cree firmemente que Cristo es Dios, y su palabra infalible: *Yo soy la resurrección*

¹ Io. 11, 26.² Ibid. vers. 27.³ Ibid. vers. 23.

*y la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá*¹. De aquí dimanar aquellas dulces impresiones, aquellas lágrimas piadosas que tanto amansan la fiereza del dolor en las familias cristianas, tan diferentes de las que, no siéndolo sino de nombre, se abandonan miserablemente á los excesos de la desesperación, y tal vez al abismo del embrutecimiento. *No quiero que ignoréis, escribía San Pablo á los de Tesalónica, lo que hay de los que duermen en la fe de Cristo, á fin de que no os entreguéis á la tristeza como los gentiles que no abrigaban esperanza ninguna. Porque, así como Jesús murió y resucitó, así Dios reunirá con Jesús á los que durmieron en unión con él*².

6. La esperanza de los dolientes corresponde exactamente á los sentimientos de cristiana confianza con que el verdadero fiel pone su alma en las manos del Señor, diciendo, como Jesús al expirar: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*³. ¡Qué fuente de dulzura no es este nombre de padre en los labios del moribundo acibarado con la hiel de la agonía! Con razón aseguraba el Sabio: *Estando en manos de Dios las almas de los justos, no las tocará el tormento de la muerte*⁴. Y así decía el Profeta, reclinando la frente con dulce abandono en las manos de su Padre: *En él dormiré tranquilo, en él descansaré en paz; porque Vos, Señor, me habéis robustecido con una esperanza á toda prueba*⁵.

Esta esperanza de carácter sobrenatural, hermanos míos, no constituye el día de hoy una victoria de menos importancia que la fe. ¿Por qué así? Por lo mismo que

¹ Ibid. vers. 25.² Thess. 4, 12. 13.³ Luc. 23, 46.⁴ Sap. 3, 1.⁵ Ps. 4, 9.

hoy la mayor parte de los hombres lo esperan todo de la tierra, nada del cielo. ¿Qué esperaron estas almas fieles, á quienes el Espíritu Santo llama felices, porque se las llama al descanso de sus trabajos y á gozar de la recompensa de sus buenas obras?¹ Esperaron la bienaventuranza verdadera, la felicidad cumplida, no la vana y mentirosa dicha de la tierra; esperaron otra vida, la vida perdurable, no la vida de peregrinación y destierro; esperaron un mundo mejor que todo lo presente, una posesión más rica que todas las posesiones, honores y placeres del tiempo, porque sabían muy bien y prácticamente que *no tenemos aquí patria ni morada fija, sino que vamos en busca de la mansión inmortal, de la casa de Dios*², de los palacios de la gloria. Y así vencieron nuevamente al mundo, despreciándolo con todo su boato de bienes seductores, y dando un mentís á sus máximas falsas y perversas, aunque de muchas tenidas por buenas y acertadas. Si alguna vez, y aun durante alguna época de la vida, se dejaron deslumbrar por el falso oropel de las terrenas pompas y delicias mundanales, si tal vez corrieron ciegos en pos de las riquezas, cifrando en ellas su esperanza de felicidad, arrastrados por la natural inclinación de todos los hijos de Adán á buscar y codiciar los bienes de los sentidos, la vanidad y la mentira³; ellos supieron volver á tiempo sobre sus pasos, y, antes de dejar esta vida, ó de que esta vida los dejase burlados con sus locas esperanzas, aprendieron en la escuela de Jesucristo á desprender el corazón, elevándolo sobre todo lo visible, vislumbraron el cielo prometido á los pobres de espíritu y pusieron allí sus ojos desengañados

¹ Apoc. 14, 13.² Hebr. 13, 14.³ Ps. 4, 3.

de la nada de todo lo de acá. ¡Qué lección para los obcecados hijos de este siglo! Así triunfaron los fieles al morir.

7. ¿Qué se prometieron, pues, los justos al partir de este mundo? ¡Ah! hermanos míos, lo que también nosotros osamos prometernos, no sé si con bastante fundamento: la salvación. Y ¿de parte de quién? Del único que puede otorgarla, del Salvador del género humano, sabiendo que *no hay otro nombre dado á los hombres sobre la tierra para poder ser salvos*¹. ¡Oh! y ¡qué felices y qué cuerdos anduvieron fiando su eternidad á la misericordia de Dios por los merecimientos de Jesucristo! ¡Desventurados aquellos pretendidos espíritus fuertes que se imaginan poder salvarse sin la mediación de Jesús, tratando directamente con Dios Padre el negocio de la salvación, y rechazando, alucinados por el espíritu de las tinieblas, la intervención piadosa de la Iglesia aun en el trance de la muerte! Yo he visto morir así entre vosotros algunos de estos orgullosos sectarios, adormecidos en brazos de una presuntuosa esperanza. No, mis amados hermanos, toda nuestra esperanza debe descansar en Jesucristo nuestro Salvador, fuera del cual no queda sino la desesperación, el fatalismo estúpido, la muerte eterna....

¡Oh! ¡qué triunfo tan bello el de la esperanza cristiana! Por ella, cuando todo desaparece de la vista del hombre, cuando todo amenaza hundirse en el abismo de la nada, se entreabre un horizonte infinito de existencia y bienestar. Esto sí que es imitar la fe del gran Patriarca que *creyó contra toda esperanza*². En efecto, los ojos del moribundo no ven más que tinieblas por

¹ Act. 4, 12.² Rom. 4, 18.

delante y en derredor; pero la antorcha de la fe, iluminando aquella región caliginosa, reanima y vigoriza á la voluntad desmayada, y la esperanza que infunde en el alma sale muy pronto victoriosa. Muere el cristiano afirmando con San Pablo: *Sé muy bien en quién confío, y cierto estoy que es bastante poderoso para guardar el depósito de mi cuerpo hasta el día de la final resurrección*¹; y como Job exclama: *Sé que mi Redentor vive, y que en el postrer día he de resucitar del fondo de la tierra, y en mi propia carne he de ver á Dios mi Salvador*². Así es como la esperanza no se limita á la felicidad del espíritu, sino que abraza también la inmortalidad de este cuerpo tornado incorruptible por la virtud del Redentor. Y pensar así de la resurrección de los muertos, como lo haría el Macabeo, es pensar bien y de acuerdo con la religión³. Y ¿no era este pensamiento el que hacía héroes á los soldados del valeroso jefe de Israel? Y ¿no es este mismo el que da al creyente tan extraño valor para morir? ¿no está aquí la fuente de esa admirable serenidad que resplandece en la muerte de los cristianos fervorosos? Por eso tan bello espectáculo ofrece cada día á los ojos del mundo la muerte de los santos; muerte preciosa, iluminada con ráfagas de victoria.

8. Pero aun es más grandiosa la que alcanzan los fieles cuyo recuerdo hace hoy la Iglesia, muriendo en el ejercicio de la caridad. Exhalar el último suspiro en el ósculo del Señor, caer desfallecido en los brazos del Padre de las misericordias, recostarse exánime en el regazo de Jesús, ¡qué bello género de muerte, hermanos míos! La caridad es la victoria de Dios en el

¹ 2 Tim. 1, 12.² Job 19, 25.³ 2 Mach. 12, 43.

hombre, porque es el triunfo del amor sobre el egoísmo, de la vida sobre la muerte del pecado. Y es la victoria del hombre juntamente, de manera que el que muere en caridad y gracia, no es vencido, sino vencedor; y, como del Salvador expirando en la cruz, puede decirse de él que «muriendo destroza á la muerte»¹. Morir en actual ejercicio de la caridad, es obtener el triunfo decisivo, la suprema victoria sobre los fieros enemigos de la salvación, que nada podrán en adelante contra él. Quizás la vida entera no había sido desde la niñez hasta la edad decrepita, más que una ruda lucha, una cruel y porfiada contienda entre la virtud y el vicio, la gracia y la naturaleza, Jesucristo y el demonio; lucha cuyo teatro era el mismo corazón del hombre, ora levantado por la acción de la gracia, ora abatido por el influjo del demonio y el poder de malas pasiones. Mas llegó por fin el término de esa larga y hasta entonces indecisa lucha. Felizmente la caridad se apoderó del corazón; el pecado y el demonio lo abandonaron para siempre: el postrer aliento fué para Dios, y la salvación quedó definitivamente asegurada. ¿No es esto, hermanos carísimos, coronar una vida de combates con espléndida victoria? ¿No debe decir el cristiano al pisar los umbrales de la bienaventuranza: «Gracias sean dadas á aquel Dios infinitamente misericordioso, que me ha dado tan señalada victoria por los merecimientos de su Hijo y Redentor mío Jesucristo»²?

9. La misma terrible agonía que suele preceder á la descomposición del compuesto humano, así como demuestra la grandeza del combate empeñado en aquella hora tremenda de la muerte, así también nos da la

¹ Prefat. Eccl. temp. Passionis.² 1 Cor. 15, 57.